

LA NACIÓN  
Martes 14 de febrero de 2006  
PASTILLAS

**Eduardo Labarca**

## **La pequeña muerte de los grandes**

A Ariel Sharon lo están haciendo picadillo. Le han abierto la cabeza dos veces, le perforaron la tráquea y acaban de operarlo de nuevo. Jehová y los vivos niegan a los poderosos el derecho a morir en paz.

A Luis XIV lo creyeron muerto varias veces y el día en que murió de veras a sus cortesanos se les acabó el mundo. Cuando Stalin se murió, sus sucesores tardaron tres días en publicar la noticia y mostrar el cadáver embalsamado. Al mariscal Tito lo mantenían en estado vegetal y le alargaron la vida cortándole una pierna. Franco también se murió a pausas rodeado por los acólitos que se aferraban a la momia. Cuando le toque el turno a Fidel Castro, hasta sus enemigos se sentirán huérfanos.

En el quirófano, el poderoso se compadece de sus futuros deudos: "¿Qué será del mundo sin mí?". Bajo la anestesia sueña con las avenidas y aeropuertos que llevarán su nombre y cree oír la ópera rock que inmortalizará sus hazañas. Deliberadamente olvida la frase que un esclavo repetía al general romano victorioso: "Recuerda que eres mortal".

Los poderosos son actores y a algunos les gusta morir a toda orquesta. Antes de subir donde los ángeles, Juan Pablo II exhibía sus sufrimientos frente a los fieles y la CNN. Mitterrand suspendió su quimioterapia y prefirió morir en silencio. Gladys Marín aguantó en el escenario hasta que la enfermedad la obligó a retirarse como nosotros, los simples mortales habituados a morirnos callados y en un rincón.